na, y en ella se verificó la elección del ilustre Pontífice León XIII.

Dos horas enteras empleamos en la visita de esta célebre Capilla; el tiempo se deslizó rápido y nos pareció que habíamos allí estado apenas instantes.

Al salir de la Sixtina, muy á nuestro pesar, apunté en mi cartera de viaje este otro recuerdo de mi gratísima estancia en la Ciudad Eterna.

CAPÍTULO XXXIV.

ROMA.

ALGUNAS IGLESIAS.

ROMA no puede negar su carácter de Capital del mundo cristiano: es la ciudad de las iglesias. Por todos lados se encuentran, y por lo menos se enumeran cien templos católicos en la vieja señora del mundo.

Teniendo en cuenta semejante multitud de iglesias, nos contentamos, en los días que permanecimos en Roma, con conocer las más notables, y singularmente, las más famosas. Muchas son, por cierto, las dignas de estudio y de visita, pudiéndose establecer dos grandes categorías que satisfacen todos los gustos y las exigencias todas: iglesias interesantes desde el punto de vista histórico y cristiano, é iglesias notabilísimas desde los puntos de vista del arte y la magnificencia. Si queréis formaros cabal juicio de cómo era en sus principios un templo de la fe de Cristo, visitad San Clemente, más allá de los arcos de triunfo que respeta la mano de los siglos, más allá del Coliseo gigantesco: si gustáis de contemplar una obra suntuosa, verdaderamente espléndida y colmada de obras de arte, encaminaos á San Pablo, extramuros, y quedaréis horas enteras pasmados ante aquel célebre templo. ¿Deseáis tener recuerdos históricos del cristianismo? Entrad

ahora á cualquier templo de Roma y con seguridad que no hallaréis ninguno que carezca de interés más ó menos relativo. Hasta el polvo que pisamos tal vez posea en esa perenne transformación de la materia, cenizas y *detritus* y moléculas de santos y pontífices y mártires.

En Roma, como en ninguna parte, puede estudiarse el arte cristiano desde sus orígenes, puesto que comenzó en el seno de las Catacumbas.

Las iglesias de la Ciudad Eterna tienen todas ellas carácter absolutamente distinto al de las que se alzaron en los siglos medios en que predominó, por ejemplo, el ojival, que en Italia no alcanzó mucha privanza: más bien, y casi de una manera inconsciente, las iglesias de Roma adoptaron las formas dadas por el paganismo á sus templos, y esto por una sencillísima razón: las primeras casas del verdadero Dios se levantaron sobre los escombros de los templos idolátricos, y mediante los despojos de éstos; surtiéronse los artífices de columnas, capiteles, frontones y hasta de mosaicos antiguos, y colocaron todo armoniosamente, pero apareciendo el conjunto extraordinario y raro. Parece que á todo edificio cristiano se le dió por extensión en las primeras centurias el nombre de *basílica*, hoy restringido solamente á las iglesias principales.

Abundan los estudios acerca del asunto. ¡Qué no se ha escrito referente á las basílicas y á las iglesias católicas! ¡Qué infinidad de brillantes plumas no han cesado de ilustrar á la humanidad con sus vigilias acerca del interesante arte cristiano! Vasto era el campo que se nos presentaba para llenar de apuntes, no sólo uno, sino veinte libros; y al fin convinimos en recorrer las iglesias que pudiéramos. Citaré algunas bajo determinado orden.

Un día, acompañados de nuestro buen Cónsul el Sr. Angelini, tomamos un coche de alquiler, y atravesando calles nos encontramos en las orillas de Roma: estábamos en la vieja *Vía Tiburtina*, y teníamos delante una de tantas salidas de

la Ciudad Eterna, la puerta de San Lorenzo: el aspecto es muy extraño, recuerda el de las ciudades feudales, y luego me trajo á la memoria el de la imperial Toledo: un arco de medio círculo que descansa sobre el terreno, dos pilastras á ambos lados, una pesadísima construcción de piedra encima, altas murallas coronadas de almenas, y torres de trecho en trecho, cercan por completo la ciudad por este lado; los años han carcomido los muros, de amarillento color y de muy añeja fábrica.

Desde aquí se extiende una calzada que recorrimos en menos de diez minutos en el coche, en cuyo término distinguimos la fachada del Campo Santo, y junto á él, á la izquierda, en una plazoleta, el exterior de la iglesia de San Lorenzo extramuros. A fe que el aspecto es de todo, menos de iglesia cristiana: figuraos un pórtico no muy elevado, compuesto de seis columnas jónicas que sostienen un ligero entablamento, encima del cual descansa un techo de tejas bruscamente inclinado: esta es la entrada; enfrente, en la plazuela, yérguese el monumento al mártir diácono erigido, si mal no recuerdo, por Pío IX.

Entramos á la iglesia y pudimos juzgar, en toda forma, de una iglesia cristiana de los primeros tiempos: de tres naves, sin crucero, el altar principal con baldaquino, enteramente aislado, bajo él está la *confesión;* en la nave central se destacan dos inmensos y elevados ambones, de construcción especial, para la Epístola y el Evangelio. Lo más notable es que este templo está formado por los despojos de otros paganos; todas las columnas que forman las naves son jónicas, pero ninguna igual; unas más gruesas que las otras; el pavimento es de rico mosaico muy antiguo, y algunos frescos decoran los muros; atrás del altar se halla otro cuerpo de la iglesia, prolongación de las naves; se suben algunas gradas, notándose á derecha é izquierda columnas corintias, arrancadas también de los templos del paganismo; el fondo es muy raro, á lo largo de un primer cuerpo corre una balaustrada, y encima del cual

se levantan dos airosas columnas que sostienen una arcada, y arriba tres ventanas con vidrios de colores. Después, el guardián de tan curioso templo nos invitó á bajar á la capilla, que desde el fondo de la iglesia y por la balaustrada puede descubrirse, en donde se encuentra el sepulcro del gran Pontífice Pío IX.

Descendimos, regocijados, por una amplia escalera de piedra perfectamente iluminada, y en seguida nos encontramos en un pequeño espacio; en el muro que forma el ábside, en el fondo de la iglesia, y á raíz del suelo, se levanta un sarcófago modestísimo, de carácter antiguo, como algunos modelos de sepulcros cristianos: guarda las cenizas del gran Pontífice de la Inmaculada, quien dispuso se le enterrase en este sitio, sin que su huesa manifestase ostentación ni pompa; empero queriendo S. S. León XIII embellecer lo posible esta morada humilde, dispuso que se tapizara artística y enteramente de mosaicos; en efecto, las paredes hállanse cubiertas en parte, pero á ello contribuyen las naciones católicas del Orbe, y las personas que dan cierta cantidad de dinero: de esta suerte, todos los contribuyentes tienen derecho á que se grabe en mosaico, y para siempre en ese sitio, de una manera ostensible, su nombre, y la nación á que el donante pertenece. Recuerdo haber leído el nombre, entre los americanos, del Ilmo. Sr. Doctor Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, y el de la diócesis que gobierna.

En seguida se nos invitó á los visitantes á dejar de nuestro puño consignados nuestros nombres en un libro que allí se guarda siempre, y la fecha en que hicimos la visita, como un grato recuerdo. De allí nos fuimos al cementerio á visitar á los muertos. Quien va á San Lorenzo, no puede prescindir de recorrer la fúnebre mansión.

Tumbas primorosamente labradas en preciosos mármoles —como que Italia abunda en ellos—se ven por todas partes; algunos nombres mexicanos, de varias personas que han muerto lejos de la patria, leímos allí. Cuando salimos del cementerio, nos detuvieron dos entierros curiosos, y que para nosotros eran completa novedad. Descubrimos de repente un carro fúnebre en forma de caja, completamente cubierto, y piramidal: la cruz con que debió rematar se había sustituído por un penacho negro; detrás del carro, que tiraban dos caballos con gualdrapas negras, venía el cortejo, compuesto de gente miserable del pueblo, al parecer artesanos, enarbolando en largos mástiles estandartes de diversas formas y colores; en uno completamente negro destacábase una calavera blanca y dos canillas cruzadas; en otro rojo leíase una inscripción más ó menos incendiaria: todos allí manifiestan sus ideas sin cortapiza, y más tarde vimos que estos entierros son frecuentísimos y perfectamente tolerados. El otro, que en verdad sí nos impuso por su carácter, no lo olvido todavía; en el fondo de la calzada comenzamos á distinguir una larga serie de individuos que, procesionalmente, caminaba al cementerio; cubríanlos, de pies á cabeza, trajes negros como hábitos que solamente dejaban dos aberturas en el rostro, correspondientes á los ojos: serían como unas cuarenta personas; precedíanlas unos monaguillos con cruz alta y ciriales; detrás venían algunos sacerdotes revestidos, en seguida una especie de andas, sobre la cual mirábase yacer un cadáver descubierto, é inmediatamente atrás la procesión de individuos que caminaban silenciosos, graves, en actitud solemne, imponente: el cortejo desfiló delante de nosotros, penetrando luego por una calleja que se encuentra á un costado del Campo Santo: las figuras, que parecían más bien fantasmas que hombres, fueron desvaneciéndose hasta que las perdimos de vista.

Dejó en nosotros impresión tan honda este espectáculo, que nuestro bondadoso acompañante, el Sr. Angelini, nos invitó en el acto á separarnos de aquel sitio funerario, y á tomar el tranvía para el centro de Roma, y á continuar visitando otros lugares.

Encamináronse nuestros pasos por entre los vericuetos de

la melancólica ciudad del Tíber, hacia el vetustísimo templo de San Clemente, otro tipo de iglesia primitiva cristiana, el más interesante sin duda de toda Roma, y cuya visita pospusimos para que, ya impresionados con San Lorenzo, pudiésemos juzgar mejor de la importancia del templo antes citado.

San Clemente es más característico que San Lorenzo: compónenle también tres naves jónicas, con techo plano, sin crucero y ya con ábside hemicircular y arco triunfal; tiene mucho más aspecto de iglesia: el pavimento es de mosaico antiguo; en medio de él hay un espacio cerrado para el coro, en la forma de los primeros tiempos, y cerca del ábside, el altar con baldaquino. Míranse también los grandes ambones para la epístola y el evangelio, del todo semejantes á los que vimos en San Lorenzo. En el ábside se ve un antiguo trono destinado al Pontífice cuando concurría á las ceremonias del culto.

Esta antiquísima iglesia, tal vez la más vieja de Roma, fué edificada al correr el siglo XII por Pascual II, sobre las ruinas de otro templo que existe todavía y que se visita, el cual, según se dice, ya en el siglo IV San Jerónimo lo mencionaba; todavía, abajo de este otro templo, hay una construcción que, al decir de los inteligentes, data de los tiempos de la república romana. Todo esto es muy curioso; y tales historias y los mosaicos y frescos y ambones y coros, son motivo suficiente para largas reflexiones y detenidos estudios.

Pero, ¿qué no será interesante en esta Roma, grandiosa por sus monumentos, sagrada por las reliquias innumerables que del Cristianismo tiene, memorable por sus pasados hechos, perdurable al través de las centurias por el papel que aún le toca desempeñar en la historia católica del mundo?

Roma es de esas ciudades que por sí solas constituyen un monumento de admiración y de interés y de respeto; es de esos puntos del globo que jamás se olvidan y que dejan un

rastro imborrable de recuerdos y de grandes impresiones en el corazón.

Salimos de San Clemente, satisfechos de nuestra visita á un templo que el viajero no debe nunca dejar de conocer, y por una calle amplia y recta, la vía di San Giovanni nos dirigimos hacia la gran Basílica de San Juan de Letrán, la Madre y Cabeza de todas las iglesias católicas del Orbe.

Materia es esta de nuevo capítulo y de algunas consideraciones de importancia.